

LOS LIBROS DE GONZALO

EL BOSTEZO
DEL PUMA

GONZALO MOURE



EL BOSTEZO
DEL PUMA
GONZALO MOURE

EL BOSTEZO DEL PUMA

GONZALO MOURE



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Diseño de cubierta: Lara Peces

© del texto: Gonzalo Moure, 1999
© de esta edición:
Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-4813-6
Depósito legal: M-32792-2011
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**«No tengáis miedo
de los colmillos del puma;
solo está bostezando».**

Abram recordaba constantemente esa frase y ni siquiera sabía muy bien a quién pertenecía. O sí: al camino. Para Abram era el resumen del camino, la destilación de una conversación en el refugio de peregrinos de Azofra, una botella de vino blanco recién sacada de la nevera. ¿Quiénes estaban allí aquella noche? Los recordaba: sus voces, sus nombres, sus rostros, sus pares de botas polvorientas, colocadas en fila y con los cordones colgando, en una pequeña repisa de piedra del pasillo.

La frase acerca del puma era un eslogan, o tal vez el pie de la foto de un puma encontrada en una enciclopedia, o en una revista. Alguien se había acordado de la frase al ver el cuaderno de Abram, un cuaderno cuadrado y vulgar, en cuya portada se podía ver un puma con las fauces abiertas, en actitud amenazante. El cuaderno había sido de Lisa y conservaba algunas notas de ella, pocas. El resto eran anotaciones hechas por el propio Abram y una especie de diario sin días, páginas de escritura automática tratando de llegar al fondo del pozo en el que se había convertido su memoria.

No podía recordar quién había pronunciado la frase, ni tampoco importaba mucho. La frase del puma les perte-

neecía a todos ellos, no tenía más dueño que el camino. Pensaba en el camino de Santiago y las imágenes que acudían a su mente eran: las botas colocadas en la repisa del pasillo del albergue de Azofra, el puma de su cuaderno y aquellas palabras: «No temas; solo bosteza».

Abram tuvo que destrozarse los pies en el camino para descubrir todo lo contrario. Era una idea de ida y vuelta, de doble filo: «No confíes en el bostezo del puma; en realidad, no es un bostezo. Disimula para atacarte».

Abram lo escribió en la soledad de un pueblo dormido, en una página de su cuaderno, pocos días antes de quemarlo:

«Los colmillos del puma me han destrozado. No sé si bostezaba o rugía, pero mi carne es ya su alimento, puedo escuchar los sonidos glotonos, el rasgar de tejidos, el crujir de mis huesos, el borboteo de mi sangre, derramándose hacia la nada».

Cerró el cuaderno y miró la imagen del puma, se adentró en su boca, hasta que se quedó dormido.

Después del entierro y los funerales de Lisa, la primera vez que Abram volvió a ver a Tim, el huésped de la casa de Lisa, fue en Bilbao. Abram había decidido empezar su peregrinación visitando el Guggenheim y se había hospedado en un hotel pequeño, enclavado en el extremo del viejo barrio chino. Pese a los consejos de un policía de boina roja, Abram salió a pie del hotel, con la mochila a la espalda, fascinado por el ambiente encanallado del barrio. Tenía billete en un autobús para ir a Pamplona y otro para llegar hasta Roncesvalles. El autobús de Bilbao no salía hasta las dos y media de la tarde, así que disponía de tiempo de sobra para el museo.

Fue descendiendo por calles que se abrían desde las brumas de barrio chino al comercio y la modernidad, y, por fin, bordeando la ría en obras, llegó a los anchos bulevares del centro de la ciudad. Desde allí, con dos periódicos bajo el brazo y un café negro en el cuerpo, tomó el camino hacia el museo.

Estuvo diez o doce minutos dando vueltas alrededor de un gigantesco perro de flores, sorprendido y espantado al mismo tiempo. Luego bajó las escaleras, en dirección a la puerta principal, y se situó en la cola, sin prisa. En ese momento volvió la vista hacia atrás y vio a Tim.

Tim Legger era el americano que desde hacía dos años tenía una habitación alquilada en casa de Lisa, y Abram había sospechado siempre que estaba enamorado de ella. O algo más. Lisa se divertía provocando los celos de Abram a costa de Tim, deslizando pequeñas crueldades acerca de su vida en común en la casa de Arturo Soria, de su curiosidad malsana, de sus irrupciones en el dormitorio de Lisa, de sus clases gratis de inglés, de sus sesiones de cine en versión original, de sus manos largas, de sus acechos....

Tim era de estatura más bien baja; un pelirrojo pecoso con perilla larga, sin bigote, muy norteamericano, con brazos cortos y piernas demasiado gruesas. De ir vestido con corbata y traje, parecería un testigo de Jehová o un vendedor de enciclopedias. Pero llevaba siempre ropa muy holgada: camisetas, bermudas muy largos y una gorra de un gris sucio con chapas de colores. A veces llevaba gafas de sol, pero allí, entre la gente, en la cola del museo, a Abram le pareció que se había levantado las gafas y las llevaba en la frente, justo debajo de la visera, dejando al descubierto sus ojos, dos bolitas negras carentes de expresión, sin vida. Nunca habían hablado de verdad; habían intercambiado frases, casi siempre hostiles y, pocas veces, simplemente corteses.

Abram se dio la vuelta, tratando de aparentar que no le había visto. ¿Y él? ¿Le habría visto también? El corazón se le aceleró de golpe ¿Qué hacía allí? Desde la muerte de Lisa, no había dejado de ver a Tim: en la casa de Arturo Soria, en el funeral, en la reunión familiar que tuvo lugar en un restaurante de El Pardo... Durante aquella comida, Tim había lanzado dardos venenosos contra Abram y, al acabar, se acercó a él para susurrarle: «Se sabrá la verdad». ¿La verdad? Abram le miró de cerca por primera vez en su vida y dijo:

–Déjame en paz.

–Nunca –contestó Tim.

Ese «nunca» le había intranquilizado, pero Abram recordaba muy bien que, a continuación, Tim se había despedido de todo el mundo, por fin. Había anunciado que volvía a Nueva York, aunque su padre ganaba suficiente dinero como para mantenerle en España, jugando al artista bohemio, y también para pagarle los viajes a un lado y otro del océano, como si el avión fuera una especie de dormitorio volante para Tim. ¿Por qué estaba entonces allí, en Bilbao?

Abram entró en el museo sin darse cuenta. Pensaba de prisa. Creía que antes o después se iba a encontrar con Tim allí dentro. En ese momento sabía si aquello era de verdad una casualidad. Pensó que, en efecto, podía serlo. A Tim se le suponía cierto gusto por el arte, y Abram había hablado en la comida familiar del museo Guggenheim. No recordaba, sin embargo, que ninguno de los dos, ni Tim ni él, hubiera dicho nada acerca de visitarlo. Tampoco Abram había mencionado en aquella ocasión su intención de recorrer el camino de Santiago. Pero lo sabía mucha gente, claro.

Sus padres, que habían querido estar en el entierro y el funeral a pesar de no haber tomado nunca en serio las rela-

ciones entre Abram y Lisa. También lo sabía Augus, el amigo de Abram, su único amigo. Y la madre de Lisa.

Se lo había comentado en el taxi en el que volvieron juntos del almuerzo de El Pardo. Había sido su único momento de intimidad, la única ocasión en la que habían hablado a solas desde la muerte de Lisa; Lisa-madre estaba paralizada, bajo el efecto de los tranquilizantes. Abram también la notó aterrorizada. Si la vida había sido dura después de la muerte de su marido, quedarse sin su hija era un golpe que difícilmente encajaría, un golpe definitivo. Por primera vez en su vida, había dejado sola a Lisa durante dos días, y había regresado para encontrarla muerta. Todo se había acabado para ella. En el taxi, miró a Abram con los ojos vacíos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

—En general —hablaba con un tono de voz muy bajo, rasgado, a diferencia de Lisa, cuya voz era alta y un poco nerviosa.

—No sé. Seguiré estudiando, supongo. Pero no ahora.

—¿No?

—No podría.

Luego recordaba haber añadido:

—Quiero hacer el camino de Santiago.

Lo iban a recorrer juntos, Lisa y Abram. Aquel había sido uno de sus mayores triunfos: convencer a Lisa de hacer algo, nada menos que lanzarse a caminar durante un mes o más, con una mochila a la espalda. Pero después, en su última y definitiva crisis, había llegado a reírse de Abram por tomar en serio aquel plan. Abram sentía que ahora que Lisa había muerto, recorrer el camino era inevitable. Y Lisa iría con él, en su pensamiento, en cada paso. Lo quisiera ella o no.

–Lo iba a hacer con Lisa.

–No me lo había dicho.

La madre de Lisa se parecía a ella, pero solo superficialmente; Lisa podía hacer que Abram enfermara de furor por culpa de su indolencia y su abulia, pero hasta en sus momentos más negativos daba la impresión de ser un volcán dormido. Lisa-madre no comunicaba nada, o solo vacío, frío. Su hija atribuía esa frialdad a la muerte. Había perdido a su marido en un accidente de coche. Lisa le había dicho una vez que su madre también había muerto en ese momento.

–Murieron el cuerpo de mi padre y el alma de mi madre.

–¿Y tú?

–Yo no merecía estar viva ni siquiera antes.

Solo una vez más aceptó hablar del accidente con Abram.

En el coche iban los tres. Conducía su padre, y Lisa le tapó los ojos con las manos, como un juego. Ella tenía doce años. Los cumplía aquel mismo día. Desde entonces, Lisa pensó siempre que era ella la que debía haber muerto, que su nacimiento había sido un error.

Abram ya suponía que Lisa no le habría dicho nada a su madre sobre el viaje a Santiago. Había muchas cosas que Lisa no le contaba a su madre. En realidad, no le contaba nada que tuviera importancia. Después del accidente habían seguido viviendo juntas, pero todos los caminos que recorrían eran diferentes. El de Santiago no hubiera sido sino uno más de ellos.

La casa de Arturo Soria resultaba demasiado costosa y Lisa-madre trataba de sobrevivir. No había conseguido ningún trabajo estable, y los empleos que le habían surgido a través de la familia –dependienta en una tienda de modas cerca de Serrano, ayudante en la administración de

una academia de baile y secretaria de una agencia inmobiliaria— no le habían durado mucho, pues los tres negocios habían sucumbido. Madre e hija vivían de la pensión de viudedad y de la prima del seguro. Tim había aparecido como caído del cielo, gracias al trabajo de Lisa-madre en la academia de baile. El padre de Tim había sido un famoso bailarín de Broadway, tenía también una academia en Long Island, la Legger Academy, y quería que su hijo se formara en España, en lo que debía imaginarse como el «espíritu torero» y el «arte gitano». Pagaba a Lisa-madre una generosa cantidad no solo por alojarle y darle de comer, sino también por preservar su seguridad y darle un «hogar».

Lisa-madre decía que por fin había recuperado el equilibrio; pero era obvio que se trataba de una mentira; Abram se daba cuenta de que el mundo se le había hundido irremediablemente, de que era verdad que el alma se le había muerto en aquel estúpido accidente y de que envidiaba a su hija por vivir, porque, comparada con ella, al menos Lisa vivía. Tampoco sabía mucho de su hija. Sonreía como una boba en su presencia, tratando de aparentar que la indolencia de Lisa era común a todos los jóvenes. Al revés: envidiaba a Lisa, cuando se iba de casa, por ser joven, por estar empezando, por tener todo Madrid por descubrir, por lo que podía aguardar de los millones de personas que poblaban Madrid y lo poco que podía esperar ella ya de la vida: recuerdos, rabia, impotencia.

—¿Lo vas a recorrer solo, sin nadie?

—¿El camino?

Abram pensó: «Menos mal que no estábamos casados». Aquella pregunta inocente de la madre de Lisa parecía una sospecha. ¿Suponía que había otra chica? Allá ella. Podía pensar lo que quisiera, incluso que la muerte de Lisa no había sido un suicidio, ni mucho menos accidental. Pero

la vida no era una película de misterio, ni una novela. Lisa estaba muerta. Y punto.

–Sí. Lo hubiera recorrido con Lisa.

Aquel día, en el taxi, se sintió satisfecho de su frase: «Lo hubiera recorrido con Lisa», que en realidad quería decir: «Sin Lisa, solamente lo puedo recorrer solo». Ahora ya sabía que ningún camino se puede recorrer solo.

Abram no volvió a ver a Tim en el museo. Le buscó por todas partes, con la mirada, pero o no había entrado, o se escondía. Subió al primer piso y se apoyó en una barandilla para espiar a los visitantes a su antojo. No vio ni rastro de la inconfundible silueta, un poco perezosa, de Tim.

Al salir del museo escudriñó entre la gente, pero tampoco estaba y Abram llegó a pensar que había sido una especie de confusión.

Sacudió la cabeza. No tenía por qué temer a Tim.

Comió algo en una taberna, y bebió bastante txacoli. Escribió en el cuaderno del puma durante media hora, hasta que tuvo que dejarlo. Al abandonar el local, se sintió turbio y un poco mareado. En el autobús durmió. Se durmió tan deprisa que cuando despertó pensó que aún no había salido de Bilbao, pero ya estaba en Pamplona. Nunca le había pasado nada igual. No había sido una siesta, sino una extraña desconexión. En su mente no habían pasado ni cinco minutos.

Por el contrario,

el viaje hasta Roncesvalles

en un pequeño autobús lo hizo completamente despierto. La carretera subía y el autobús se desviaba para recoger gente en los pequeños pueblos. Atravesaron una zona con niebla, pero tras la última barrera gris, volvieron al sol. Bosques de hayas a los lados, construcciones grandes y armoniosas, calles rectas y ordenadas en los pueblos, por los que discurrían pequeños cauces de agua. Abram pensaba en Lisa. ¿Qué le hubiera parecido el viaje? Hubiera sido maravilloso verla disfrutar de aquel paisaje. Antes de conocerse, Lisa nunca abandonaba la ciudad y toda su idea de la diversión se reducía a las noches de marcha. Solía salir con un grupo de amigas con las que, invariablemente, se emborrachaba. Eran amigas desde el colegio y solo estudiaban para no tener que separarse unas de otras, y sobre todo de Berta, dos años mayor que ellas, a la que habían alcanzado en el primer año de instituto. Arrancar a Lisa de aquel refugio hecho de borracheras y complicidades, devolverla a la vida, fue difícil. Abram había llegado a pensar que iba a ser imposible. Al principio se limitaba a llevarla a sitios en los que no estuviera todo el mundo borracho. Eso ya era un triunfo. Más tarde consiguió que empezara a salir de Madrid, a despegarse de aquella cortina húmeda y borrosa

tras la que se escondía. Las excursiones se fueron haciendo más frecuentes y, antes del final, era ella la que quería dedicar los fines de semana a recorrer con él los pequeños pueblos de la sierra. Iban en tren o en autobús y caminaban hasta que la lluvia o la nieve les hacían volver.

Lisa solía recorrer la montaña en silencio. Turbia y melancólica, con algo que Abram pensaba que era asfixia. En realidad, era un pez sacado de su pecera, arrojado al camino. Su sustento era el lodo de la noche, y lejos del lodo parecía morir. Abram se sentía orgulloso, porque sabía que aquel esfuerzo por salir y caminar por la sierra era la forma que tenía Lisa de decirle que le quería, que estaba a gusto con él.

Un día, sentados en el interior de un bar de pueblo, sucio y oscuro, mientras veían llover al otro lado de la ventana, a través de las pegatinas de motos y refrescos, Lisa dijo:

–De niña dibujaba. Y pintaba.

No le gustaba hablar de su infancia porque formaba parte de «la otra vida», la de antes del accidente. Por eso resultaba más doloroso verla luchar con su incapacidad para hacer nada.

A partir de aquella confesión intentó resucitar a sus viejos pinceles, guardados cuidadosamente en una preciosa caja de pinturas, pero cuando la sacaba de su armario, se limitaba a acariciarla. Era una caja de madera de teca en cuya tapa un amigo de su padre, pintor, la había retratado a ella de niña. Un precioso retrato del que Abram había sacado una fotocopia en color que, después, colgó en su habitación. El retrato tenía una dedicatoria: «A Lisa, pintora».

–Pinta– le decía Abram.

Pero ella se reía de sí misma, se menospreciaba con crueldad.

Abram no logró ni una sola vez que Lisa llevara su caja de pinturas a sus escapadas por la sierra. Ella se limitaba

a sacar fotos de los balcones, las flores y, sobre todo, las puertas. Lisa fue haciendo una colección de fotos de puertas. Casi todas tenían el mismo formato. Verticales, muy bien encuadradas a pesar de estar hechas con una pequeña cámara automática. Elegía siempre puertas de madera, con especial atención a las más antiguas y rústicas. En algunas aparecía un gato o un perro, nunca una persona. Las guardaba en tres álbumes. A veces, en la casa de Arturo Soria, Lisa pasaba horas hojeando las páginas de los álbumes y viendo puertas.

–Un día las pintaré.

Se convirtió en una idea fija de Lisa, casi en una obsesión: cuadros de puertas, antiguas, modernas, rústicas, feas, sórdidas, hermosas... Tomaba notas de sus proyectos en un cuaderno. En el cuaderno del puma, que más tarde le regaló a Abram. Pero nunca llevó a efecto ni siquiera una parte de sus proyectos. Abram se enfadaba y decía que sus puertas eran una excusa. Hablaba de pintarlas y no las pintaba. Y si no las pintaba, todo lo demás quedaba aplazado.

Una noche, poco antes de su muerte, Lisa había soñado con la puerta del museo Guggenheim.

–Cristal y titanio. Mmm.

Al menos fantaseaba con aquello, viendo un reportaje en una revista. El edificio latía, gris y plateado, bajo la lluvia. Las fotografías eran espléndidas. Nunca supo, ni sabría ya, que la puerta del museo era vulgar, como la de cualquier cine.

Aquella vez, Abram lo intentó de nuevo:

–Vamos a Bilbao. Será tu primer cuadro.

Pero Lisa se asustó, y se sumió en un silencio de dos semanas en el que volvió a sus amigas y a sus hábitos. Tras regresar de su última noche alcohólica, lloró en el hombro de Abram.

–No me lo permitas nunca más, no me dejes.

Abram también lloró. Pensaba: «No me dejes tú». Y quería insistir: «Vamos a Bilbao, lleva tus pinceles». Pero no se atrevió.

En Roncesvalles, Abram salió a dar un paseo. Lloviznaba. Ya era de noche y los bares rebosaban excitación, pero su barullo se extinguió en cuanto Abram se internó por una carretera que terminaba en una granja de vacas. Iluminó las paredes del recinto con su linterna, y esa visión blanquecina y quieta de los muros, tras los cuales se oían confusos mugidos, le entristeció.

Luego, al regresar desde el bosque húmedo y oscuro, comenzó escuchar el canto de pájaros nocturnos que parecía que se contestaban unos a otros. Voces serenas, confiadas, familiares. Abram se preguntó qué se dirían los pájaros con aquel punteo. Sus cantos se esparcían por el bosque y, cuando Abram llegó a la fonda, todavía se escuchaban, monte arriba, incluso por el tejado del monasterio.

En Casa Sabina, el hostel donde se alojaba Abram, conoció a Marion. Bebía cerveza y llevaba una gorra enorme. Fumaba tabaco negro y tenía los dedos amarillentos por la nicotina.

–¿Tienes un cigarrillo negro?

–¿*Noir*?

Abram no fumaba. Empezó con catorce años, pero luego lo dejó, y ahora solo lo hacía de vez en cuando. Lisa fumaba negro, y aquel olor formaba parte de ella.

–*Noir*, sí.

Marion era francesa, del sur. Parecía triste, pero Abram pensó que la suya era una tristeza circunstancial. Una chica

alegre que estaba triste. Nada que ver con la ausencia, con la lejanía profunda y esencial de Lisa.

Marion miraba a Abram de reojo. Abram lo notó. Sabía que no era nada especial, y que además era más joven que Marion. ¿Cuánto? Él tenía diecisiete años, aunque aparentaba alguno más. Era demasiado delgado para que ninguna chica dijera de él que era un «tío bueno» y demasiado duro de cuerpo y de cara para que le llamaran «yogurín», a pesar de la edad. Sin embargo, desde que conoció a Lisa, había mejorado su aspecto, y aún más su aura. Se decía a sí mismo que había madurado por necesidad, para ser capaz de llevar a Lisa a alguna parte, hacia algo.

La misma Lisa solía decir:

–Estás muy bien. Si hubieras estado así de bien entonces, no te habría hecho caso.

Se refería a la primera noche, cuando se conocieron. Lisa detestaba a los guapos de oficio.

Al mirarse en el espejo, Abram estaba de acuerdo en que había cambiado. Su ansiedad había desaparecido y tenía la mirada y la boca más relajadas. También se había dejado crecer el pelo, y su melena negra, una melena lacia, había contribuido a que, en conjunto, pareciera más dulce. Al llegar a Roncesvalles, por primera vez se había recogido el pelo en una cola que, de todos modos, aún era demasiado corta y le dejaba un par de guedejas sueltas, una a cada lado de la cara.

Aquella noche, Marion y Abram bebieron y fumaron en medio del ambiente cargado y un poco enfebrecido del bar de la pensión. Casi toda la gente que se encontraba allí iba a emprender el camino desde Roncesvalles, como Abram. Marion, no: ella venía desde Francia y había comenzado hacía diez días. Llevaba una mochila grande, roja. En ella guardaba una hamaca que colgaba entre dos árbo-

les para dormir. En el alto de Lepoeder, a más de 1.500 metros, había dormido sobre la nieve acompañada por una chica alemana.

Marion era también delgada, de boca grande y carnosa y ojos grises, un poco saltones. A Abram le recordaba a Mick Jagger, pero en conjunto le gustaba.

Los acompañaban unos chicos bretones. Vestían ropas típicas de su región: pantalones negros hasta las pantorritas, muy ajustados, chaleco y chaquetilla negros también y camisa blanca sin cuello. Los tres eran grandes y silenciosos. Tenían apoyados junto a la mesa sus largos bastones, muy decorados.

–Vienen desde Quimper –dijo Marion.

Uno de ellos oyó Quimper y se volvió. Sonrió a Marion y ella esperó a que dejara de mirar para sacarle la lengua.

–Gilipollas –dijo en voz baja Marion.

Abram se giró para reírse sin que los bretones se dieran cuenta. Se tapó la boca, mirando hacia la puerta. El cristal reflejaba el abigarrado interior del bar. Abram reconoció a Tim Legger. Sus rostro pecoso, la perilla rojiza, la gorra gris. Un instante después, se había desvanecido.

Los bretones se pusieron a cantar y Marion se unió a ellos. Abram subió a su habitación y se tumbó en la cama. Cuando lograba dormir, soñaba con el rostro de Tim pegado al cristal de Casa Sabina.

Abram salió muy temprano de la fonda. Había desayunado en la misma barra del bar, en la vaga compañía de otros caminantes. No hubiera podido recordar sus rostros siquiera, porque pensaba todo el tiempo en Lisa. La noche la había pasado en un sueño muy ligero, escuchando el canto de los pájaros y tratando de alejar el rostro de Tim de

su memoria. De no haber muerto, Lisa hubiera estado allí con él, en aquella habitación limpia y aséptica; habría pasado más de una hora en el balcón, sentada en una silla, con un pitillo sin encender, mirando el vacío, pensando. Luego se habría acostado en su cama, en aquella cama que había permanecido vacía toda la noche.

Abram había acabado por levantarse para ir al cuarto de baño y a la vuelta había deshecho con furia la cama de Lisa, la que ya nunca iba a ocupar Lisa. Sabía que, de haber llegado hasta aquella cama, todo hubiera cambiado.

Por la mañana, la colcha de color naranja estaba en el suelo. Abram se duchó, se vistió y bajó con la mochila preparada, para no tener que volver a la habitación

Abram salió muy temprano de la fonda. Continuaba lloviznando. Miró a los lados, hacia los árboles oscuros, buscando la silueta de Tim, pero no le vio. Un grupo de peregrinos se fotografiaba junto a la puerta del monasterio. Oyó retazos de frases en alemán, en inglés y también en español, y dedujo que eran extranjeros, aunque alguno parecía español. Había tres hombres y cuatro mujeres, de edades diferentes. Los siete estaba emocionados y un poco teatrales, en el principio de algo. Abram los envidió. Él no se sentía en el principio de nada, sino más bien al contrario, al final.

Tomó la carretera, siguiendo las flecha amarillas que le habían asegurado que no iba a dejar de ver en todo el camino. Llevaba un plano y una guía muy completa, con nombres de hostales, refugios, restaurantes y bares junto a los de todos los pueblos que tenía que atravesar. Antes de dejar Roncesvalles, se detuvo en un bosquecillo de fresnos y seleccionó una vara que le podía servir de bastón.

La cortó despacio, con la navaja que le había regalado Lisa en una de sus primeras excursiones por la sierra. Mientras cortaba, pasó el grupo de los siete. «Los siete enanitos», pensó Abram mirándolos de reojo. Dos de ellos eran muy altos, y una de las mujeres, también. «Los enanitos altos», matizó Abram sonriendo. El bastón le pareció perfecto. Estaba fresco: la savia del fresno rezumaba y resultaba un poco pegajosa, pero no desagradable.

Pronto dejó la carretera y se adentró en un camino. Comenzaba a amanecer, por algún lugar. La niebla se iluminaba, pero no parecía hacerlo desde fuera, sino desde dentro.

Era agradable andar solo. El camino era profundo y misterioso, entre los jirones de niebla y la luz apenas insinuada. Abram no podía evitar pensar en Lisa, en lo que hubieran cambiado las cosas si hubiera conseguido que Lisa estuviera allí, en él. Recordarla le hacía daño, pero había decidido recorrer el largo camino desde Roncesvalles hasta Santiago de Compostela para poder pensar en Lisa. Ahora tendría un mes o tal vez más para hacerlo. En realidad, nunca había dispuesto de demasiado tiempo para reflexionar. Para sentir, sí. Por lo menos, desde que Lisa había entrado en su vida, o él en la de ella. Había sido un cambio demasiado pronunciado, casi radical, como para poder pensar mucho en lo que significaba, en el giro que había dado su vida. O, mejor, en cómo su vida había adquirido un sentido: despertar a Lisa de su somnolencia, de su sueño, levantarla del suelo.

La había conocido en una fiesta, completamente borracha. Las amigas de Lisa eran duras de verdad, estaban llenas de aristas. Bebían durante las noches de aquellos fines de semana como si fueran camellos antes de cruzar el desierto, con el único fin de borrarse del mapa, de perder la con-

ciencia o de diluirla en alcohol. Las enemigas de Abram: Ángela, Berta, Susa y, a veces, la propia Lisa. Los viernes se iban las cuatro en el coche de Berta hasta la puerta de una discoteca, abrían el capó, en el que llevaban botellas de todas clases de alcohol y refrescos, y se emborrachaban con toda la rapidez que podían. Luego se metían en la discoteca sin saber ya muy bien lo que hacían. A veces se enzarzaban en peleas y acababan de mala manera, en la calle. Incluso, una vez, en la comisaría. Lisa no hablaba de aquello porque se avergonzaba, pero en una de aquellas peleas habían golpeado en la cabeza, a patadas, a una chica menor que ellas. Por fortuna no le había pasado nada y la chica, al final, había retirado su denuncia.

Berta era la mayor de las cuatro y también la proveedora de alcohol y, alguna vez, de otras sustancias. Era la única que había dejado el instituto y tenía un negocio con su madre, una oficina en la que conseguían grabaciones de programas de radio o televisión y toda clase de recortes de prensa para famosos o famosillos. Ganaba bastante dinero, y para ella no suponía ningún esfuerzo comprar docenas de botellas de alcohol.

Después de conocer a Abram, Lisa había comenzado a distanciarse de ellas, pero sin demasiado convencimiento. Trataba de hacerle creer que no las necesitaba para nada, pero al menos un fin de semana al mes caía en sus redes, tejidas a fuerza de años y borracheras. Tiraban de ella con cuerdas que Abram desconocía. Si le preguntaba, Lisa respondía con evasivas, protegiendo a sus amigas. Había intentado compartir con ellas una noche, pero había sido un fracaso absoluto. Le odiaban. En especial Berta. Había dedicado la noche entera a lanzarle pullas y había conseguido que todo fuera bastante desagradable. Abram creía que Lisa le defendería, que se pondría de su parte, pero se

mantuvo al margen, con la mirada neutra y aparentando que aquello no tenía nada que ver con ella.

No habían vuelto a intentar convivir, ni mucho menos compartir a Lisa, aunque a veces las veía. Berta iba a la casa de Arturo Soria muchas tardes y se tumbaba en la cama de Lisa, con los cascos puestos. Cuando entraba Abram le saludaba, pero no se dirigían la palabra. Abram odiaba encontrarla allí, sobre todo porque Lisa, entonces, no hacía nada por quitársela de encima. Alguna tarde, el propio Abram había optado por irse. Una de esas veces, mientras salía, había captado una expresión de triunfo salvaje, casi de júbilo, en la mirada de Berta.

Abram conoció a Lisa completamente borracha, esa era la expresión exacta. Fue en una fiesta en una casa particular, aunque Abram no tenía ni idea de a quién pertenecía. Él no estaba alegre y la fiesta no parecía ir con él. La gente iba encontrando ya su sitio, su pareja o su botella, mientras que Abram seguía seco de una cosa y de otra. Le solía pasar. Antes de Lisa, Abram sabía que había sido un tipo anodino, indeciso y lleno de conmisericordia por sí mismo. Para él, todos tenían algo: o amigos, o novia, o trabajo... Él, solo a August, un compañero de instituto que se apoyaba tanto en él como él en August, espalda contra espalda ante el resto del mundo. Pura conveniencia mutua. Y poco más, o nada.

Aquella noche se sentó en un sofá para alejarse de la gente, sin darse cuenta de que Lisa estaba allí. En ese tipo de fiestas llega un momento en que el que no se mueve ni siquiera es ya visible. Parejas anudadas, tipos derrotados por las nubes de cualquier paraíso. Lisa era uno más de aquellos casi cadáveres, y no se movía. Estaba convertida en un montón informe. De no haber sido hermosa, Abram ni siquiera la habría mirado. Pero lo hizo.

Ella tenía los ojos cerrados con fuerza, como si no quisiera dejar pasar la luz a través de los párpados. La boca entreabierta dejaba ver su dentadura, grande y blanca, uno de los rasgos más atractivos de Lisa, y la punta rosada de su lengua. El brazo derecho lo tenía doblado en una postura imposible. A Abram le hizo pensar en la víctima de un accidente. Estaba mirando la boca de Lisa cuando esta se movió, desdobló el brazo, abrió los ojos y le dijo:

–Cerdo, gilipollas.

Y se volvió a quedar dormida. Aquello le hizo gracia. Las primeras palabras que le había dirigido Lisa habían sido «cerdo» y «gilipollas». Esperó un par de horas a que se despertara. Augus intentó llevárselo de allí, pero Abram se lo quitó de encima y su amigo se fue, encogiéndose de hombros.

Según recordaba Abram, Lisa vestía una minifalda de color crema y una camiseta sin mangas, azul marino, que dejaba ver los tirantes del sujetador; eran blancos, de una blancura restallante sobre los hombros morenos de Lisa, y eso le hizo pensar en el resto de su ropa interior.

Cuando se despertó, Lisa se encontraba muy mal. Abram la ayudó a ponerse de pie y la acompañó al cuarto de baño. Lisa se dejó lavar la cara y por fin vomitó. Estuvo más de dos minutos, de rodillas delante del váter, con la cabeza inclinada, apoyando la frente en la mano de Abram. Sudaba frío.

–Gracias –logró decir Lisa cuando levantó la cabeza.

Luego bajaron a la calle y Abram buscó un bar abierto donde poder tomarse algo fresco. Para ella pidió dos refrescos de limón y para él una cola.

–Bebe.

Lisa obedeció.

Tras despejarse un poco, se rio.

–Te he llamado cerdo.

–¿Te acuerdas?

–Sí. Perdona.

–Tenías razón. Estaba mirando tu boca y tu lengua.

Lisa sonrió y se tapó la boca con la mano.

–También te he llamado imbécil.

–No. Gilipollas. También tenías razón.

Ella le miró de manera diferente. Como si de pronto se diera cuenta de que estaba allí. Sonrió. Se puso seria, miró al fondo del vaso, volvió a levantar la vista hasta encontrar sus ojos. Volvió a sonreír.

Estuvieron charlando hasta que el bar cerró.

Ahora, viendo despuntar el día en el inicio del camino de Santiago, Abram recordaba muy bien aquel amanecer. Caminaron por las calles vacías de Madrid, derrengados, casi muertos, pero resistiéndose a separarse como si hacerlo fuera irreversible.

Abram le reprochó a Lisa su borrachera. Lisa le miró y le respondió que si cuando lograra irse a dormir se despertaba y Abram seguía existiendo, sería la última vez que se emborrachara. A Abram aquello le sonó a música del cielo. Nunca nadie le había dicho nada parecido. Tenía la sensación de que la vida era un amontonamiento de gente que no necesitaba para nada a los demás. El amor era una referencia vaga de las películas, pero no parecía tener un lugar real en su mundo. Había parejas, muchas, pero no podía penetrar en sus verdaderos sentimientos. Por lo que él sabía, lo que se solía buscar en otra persona era sexo, pero el amor no le parecía algo real. Las palabras de Lisa le hicieron sentirse, por primera vez, querido.

Al despedirse se besaron. La boca de Lisa sabía a todo lo malo y lo bueno de la noche. Había besado a otras chicas en otras noches turbias. Pero nunca había podido pen-

sar nada acerca de lo que eso significaba, demasiado preocupado por lo que se suponía que tenía que hacer después. Y nunca había logrado darle continuidad a ninguna relación.

De todos modos, Abram no supo que se había enamorado de Lisa hasta que fue consciente de que ya no estaba con él. «El amor es que no estás», murmuró entonces, solo como siempre, pero solo como nunca. Sentirse tan solo le hizo pensar en ella como no había pensado nunca en nadie. Deseaba volver a ver su rostro borroso por el alcohol, las pastillas y el cansancio, volver a oír su voz, volver a sentirse querido.